

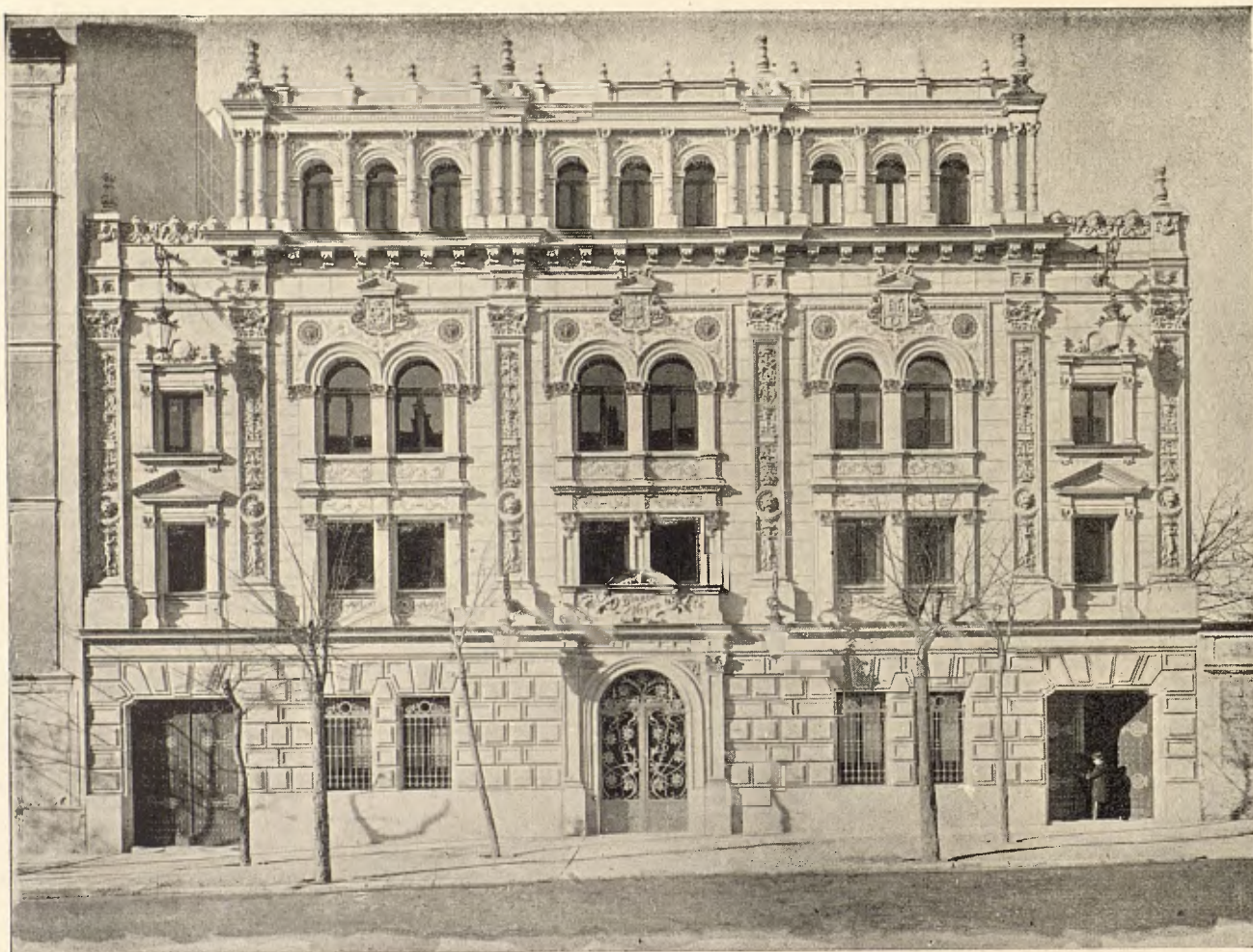
HISPA NIA



Julio Donnell

SUMARIO

PORTADA	por Julio Borrell.
BLANCO Y NEGRO. - Fachada del edificio	por Brull.
LOS CUENTOS DE LA ABUELA.	por S. Sánchez Mora; ilustración de L. Bonnin.
LAS DE LOPEZ	por Enrique Nicolle; ilustración de J. Mir.
LOS TRES VIAJEROS.	por Salvador Martínez Cubells.
PINTORES DE BROCHA GORDA	por F. Gras y Elías; ilustración de Triadó.
EL MANZANARES	por Ramon Casas.
NOTA CICLISTA	por S. Matilla.
SUERTE DE VARAS	



BLANCO Y NEGRO. — Fachada del edificio recientemente inaugurado.



LOS CUENTOS DE LA ABUELA
COMPOSICION DE BRULL

LAS DE LÓPEZ



principios del año 1879 empezaron á frecuentar el café de Veracruz — uno de los más intelectuales que existían entonces en Madrid, pues formaban, casi exclusivamente su parroquia, literatos de muchas esperanzas, artistas geniales en embrión y sabios eminentes en perspectiva—las señoras de López Bruma. Terceto apreciable y cuya aparición causó un efecto monstruo, primero, por no ser muy frecuente en aquel antro la presencia del bello sexo «de circunstancias»; segundo, porque las nuevas parroquianas eran notables, bajo todos conceptos.

Doña Melitona, la mamá, era lo que se suele llamar toda una real moza; algo averiada, si se quiere, por los años, pues se arrimaría ya á los cincuenta; pero imponente, de proporciones catedralescas y muy tentadora para nuestras imaginaciones juveniles, con sus protuberancias y sus andares de diosa. Las hijas de esa sugestiva matrona eran sencillamente dos ángeles: la mayor, Miguelita, rubia, lánguida, esbelta, semejante, conforme decía Paco Jácara nuestro poeta idílico, «á la palmera del desierto», melancólica, poseía, como principal encanto, un mirar tan dulce, que parecía atraer como irresistible imán las miradas de los hombres; la menor, Trinidad, era una morena, de cuerpo pequeñito, pero airoso y movedizo, rebosando vida y alegría por todos sus poros; la cara, sin ser bonita, cual la de su hermana, tenía un algo indefinible, á causa de su sonrisa, á un tiempo amorosa y picaresca, brotando de unos labios rojos y sensuales que dejaban ver dos hileras de dientes menudos y blanquísimos.

Sentáronse desde la primera noche junto á un velador, que quedó ya, desde entonces, de su usufructo exclusivo y

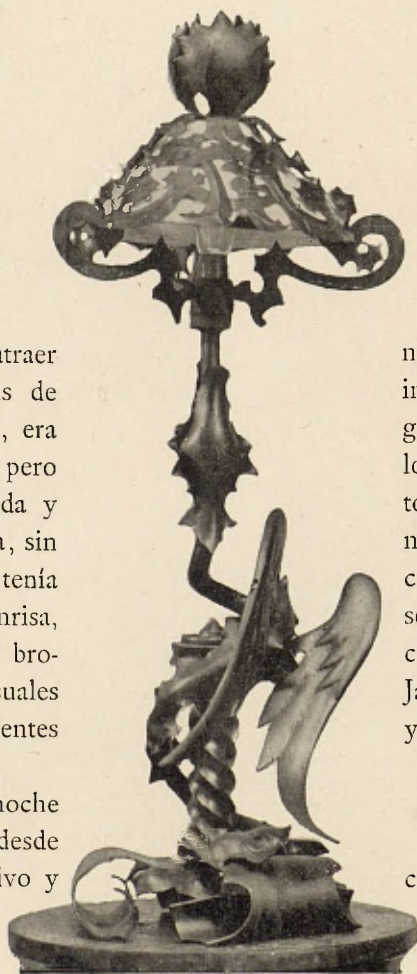
á corta distancia de la mesa en que teníamos constituida nuestra peña. Policarpio Ojesto, el futuro gran novelista, Pepe Toquín; el músico de porvenir inmenso, Paco Jácara, el poeta de venideras sublimes inspiraciones, Ramón Baquillo, el pintor que debía ejecutar con sus pinceles tantas obras maestras, y el firmante de estos recuerdos, que se prometía asombrar al mundo con sus elucubraciones dramáticas. Porque si hasta entonces no habíamos hecho gran cosa, nos prometíamos escalar las más elevadas regiones del arte y del pensamiento.

La aparición de las López Bruma y su vecindad causaron en nuestro inteligentísimo cenáculo una impresión hondísima, que se tradujo por la supresión radical, aunque inconsciente, de toda discusión trascendental. Aquella noche, no hicimos más que cambiar de tarde en tarde frases insípidas, sobre ideas vulgares; nuestras miradas, como nuestro espíritu, estaban

fijas en el trio femenino ocupado en despachar los tres cafés y las tres medias tostadas que habían pedido. Paco Jácara se absorbía en la contemplación de la niña rubia y lánguido mirar; Toquín y Baquillo no quitaban el ojo de encima la petulante morenita, acariciando el primero los rizos de su negro y ondulante pelo y procurando llenar el otro, de magnéticos efluvios sus insidiosas miradas. Á Ojesto se le congestionaba el rostro en la admiración de los poderosos encantos de Doña Melitona; cuanto á mí, más eclético que mis compañeros, las miraba á las tres con igual embeleso y mis sentimientos se revelaron en este concepto que arrancó una protesta indignada del idealista Jácara: ¡Qué serrallo más rico me hacía yo con esa simpática familia!...

* * *

Las tres hermosas siguieron viniendo con matemática regularidad, sin que las



Fundición de Masriera y Campins



inclemencias atmosféricas alteraran nunca el régimen establecido. Invariablemente, entre nueve y nueve y media, la mano de Trinidad empujaba la puerta vidriera del establecimiento y veíamos asomar la gentilísima figura de la muchacha, á la que seguía la poética aparición de Miguelita, cerrando la marcha la majestuosa personalidad de Doña Melitona. Sentábanse en torno del acostumbrado velador, permanecían diez ó doce minutos, charlando entre ellas ó examinando de soslayo á los vecinos y después llamaban el camarero, que sin formular ya el «¿qué va á ser?» colocaba sobre el marmol los tres cafés y las tres medias tostadas.

La proximidad estableció prontas y cordiales relaciones entre nuestra *peña* y las tres señoras. Á los ocho días, nos tratábamos como si nos hubiesemos conocido de toda la vida y estábamos perfectamente enterados de cuanto se relacionaba con la familia López Bruma. Doña Melitona era viuda de un Comandante, muerto en el campo del honor, dejándola con dos hijas, una pensión y unas rentitas, producto de algunos terrenos, allá en Guadalajara. Con esto y algún recuerdo que, por Navidades y por San Juan, las enviaba un pariente muy rico que tenían en Segovia, lo iban pasando las tres, modestamente, pero sin apuros, hasta que llegase el día, si llegaba, que á cada una de las niñas se les presentara un hombre honrado, con buenas inten-

ciones y un *modus vivendi*. Doña Melitona no pedía más que eso: yernos que fueran personas decentes y buenos para asegurarse el pan cotidiano, como Dios manda, trabajando honradamente.

Pero á medida que nuestra intimidad con las López Bruma crecía, se modificaban los sentimientos internos de los *peñistas*, de una manera poco tranquilizadora para la fraternidad que siempre existiera entre nosotros. El eterno femenino había en pocos días introducido en nuestra mútua amistad la cizaña y el recelo. Baquillo y Toquín se disputaban la preferencia de Trinidad, que con habilidosa coquetería sabía mantener latentes las esperanzas de sus dos enamorados, sin inclinarse de una manera definitiva por uno ni por otro. Y lo mismo hacía la angelical Miguelita, cuyas miradas parecían posarse con igual complacencia sobre Paco Jácara y sobre mí, pues debo advertir que, trás algunas vacilaciones, habíame resuelto por consagrar mis homenajes á la preciosa rubia. De ahí, una sorda y mal encubierta enemistad entre el músico y el pintor; entre el poeta idílico y yo; la grata armonía de antaño había desaparecido; la suspicacia y los celos roían nuestras almas. Más de una vez suscitáronse disputas agrias fundadas sobre insidiosos pretextos; y en más de una ocasión nos habríamos echado las tazas de café á la cabeza, á no mediar la oportuna intervención de

Ojesto, el único feliz de todo el quinteto, ya que no tenía rival en sus amorosas pretensiones. Consagrado exclusivamente á D.^a Melitona, esperaba un próximo triunfo que nadie le disputaba; y como los ojos y las sonrisas de la madura beldad posábanse en él con manifiesta complacencia, ninguno de nosotros ponía en duda la cercana victoria de nuestro compañero.

* * *

Hacia ya un par de meses que se prolongaba tan difícil situación, sin variar las cosas: en el fondo, cuando menos, porque lo que es en la forma exterior...

Toquín y Baquillo no se miraban ya, ni se saludaban siquiera, por más que, aferrados cada cual á su respectivo propósito, seguían frecuentando el café y sentándose á la misma mesa. Y lo propio hacíamos Jácara y yo. De muy buena gana hubiera andado yo á bofetada limpia con mi odiado competidor y de seguro que él deseaba también la oportunidad de hacerlo. Hasta entonces nos habíamos comprimido, pero... ¡Eal que aquella situación no podía durar más... Para Toquín sobraba en el mundo Baquillo; para mí estaba de más Jácara, y... reciprocamente. Por fortuna, Ojesto que ejercía sobre todos una gran autoridad, se esforzaba en evitar la ruptura de hostilidades.

Así estaban las cosas, cuando una noche de Abril experimentamos una de las mayores sorpresas de nuestra existencia. Dieron las 9 y media, dieron las 10, luego las 10 y media y... nada: las López Bruma sin parecer.

— ¡Qué cosa más extraña! — murmuraba Ojesto.

Los demás, inquietos y nerviosos, no decíamos nada; pero cada vez que se abría la puerta del café, lanzábamos una mirada codiciosa, que se trocaba al punto en una mirada aflijida.

— Es raro... muy raro... seguía murmurando Ojesto.

Aquella noche abandonamos el café, á la una, con la cabeza ga-

cha, y esperando con ansiedad febril que viniese la noche siguiente.

Pero vino esa, y tampoco parecieron nuestras sílfides.

—Alguna de ellas estará enferma... opinó Ojesto — Trinidad andaba algo resfriada esos días.

Pasaron otras tres noches y... nada:

— Ha de ocurrir algo grave... — declaró el futuro novelista — mañana me paso por la calle del Pez.

— ¡Bah! no se tome V. esa molestia, señorito... Me parece que á esas señoras no las encontrará V. en la calle del Pez, ni en denguna otra calle de Madrid...

Y al decir eso, Joaquín el camarero nos miraba con sonrisa fisona.

— ¿Qué quieres decir tú con eso? — preguntó Ojesto, mientras que los demás, profundamente turbados, mirábamos al camarero con ansiedad.

— Pues quiero decir... que hace cinco noches que tampoco vienen ni Don Pancho, ni Don Narciso... ¿ustedes saben de quienes hablo?... de esos señores viejos, que parecen el uno una momia y el otro un botijo... unos que se sentaban allá, en el otro rincón. Muy ricos, millonarios, á lo que me han asegurado personas que los conocen.

— Bien ¿y qué quieres decir con eso? — volvió á preguntar Ojesto.

— Pues que á esos tios les gusta la carne fresca: ¿se van ustedes enterando?... y á estas horas, las niñas y los viejos están por esos mundos de Dios y, según me ha dicho quien puede saberlo, en camino de París y de Inglaterra.

Y en medio del estupor doloroso que nos aplastó de súbito, añadió Joaquín:

— Si había yo visto cosas que, la verdad... Y como la madre era una tunanta con más conchas que un galápago, y más misterios en el alma que luz en la administración de consumos, no me extraña nada todo eso.

Volvió el camarero los talones para servir á un parroquiano que acababa de entrar; nos miramos á hurtadillas y me pareció que los cinco teníamos el rostro demudado y los ojos húmedos.

S. SÁNCHEZ MORA



Fundación de Masriera y Campins

LOS TRES VIAJEROS



OR aquellos tiempos, viajaba Jesús en compañía del apóstol S. Pedro por tierra de Croacia. Servíales de guía un rústico del país, llamado Dané, cuyo aire hipócrita no bastaba á ocultar lo ruin de sus instintos, lo cual movía á piedad al Redentor, deseoso de salvar un alma, seguramente más estúpida que malvada. Así es que, en tanto S. Pedro clavaba en el guía una mirada recelosa y severa, fijaba en éste el Maestro sus ojos bondadosos y compasivos.

Como la caminata había de ser larga y era la comarca poco menos que desierta, llevaba Dané á cuestas las provisiones del viaje, y entre ellas un carnero recién degollado. Y mientras proseguía su camino, doblando el espinazo bajo la carga, no dejaba el záfio de pensar en el succulento festín que le esperaba al fin de la jornada.

Pero sucedió que, al llegar al lindero de un bosque, se detuvo Jesús y le dijo á Dané:

—Oye: mi compañero y yo vamos á echar una siestecita. Entretanto, puedes asarnos este carnero.

Y tumbándose al pie de un árbol, sobre un tapiz de fresco césped, cerraron Jesús y Pedro los ojos y se quedaron sumidos en profundo sueño.

Dispuso Dané todo lo necesario, y, á poco, de un montón de ramas y de hojas secas brotaba una alegre llama acariciando los costados, el vientre, el lomo y las patas de la res, cuya carne iba tomando un color dorado y despidiendo el más apetitoso aroma. El rústico, que vigilaba atentamente la operación, para sacar el asado, así que estuviese á punto, no pudo resistir á la tentación que se le entraba por ojos y narices. Sacó su cuchillo, abrió de un rápido y certero golpe el vientre del animal, extrajo el hígado (su manjar favorito), y en un par de bocados, glotones, voraces, se lo hubo zampado.

En aquel momento despertó Jesús.

—¡Ave María Purísima! — exclamó restregándose los ojos.— Y ¡qué ganas de comer me han entrado con ese

olor tan rico!... Dané, hijo mío, oye: dame el hígado del carnero... es mi bocado predilecto.

Hizo Dané como quien busca y rebusca, y, después de hurgar en las entrañas de la res, dijo con el mayor descaro:

—¡Qué cosa más particular!.. ¡Un carnero sin hígado!..

—¿Te parece á ti si eso es posible?...

—Pues, Maestro, lo que es yo no encuentro nada de hígado.

— Porque alguien lo habrá quitado. ¿No sospechas tú quién pudo ser?

— Lo que es yo, no fuí... ¡Lo juro!

—¿Por qué juras en falso? — preguntó Jesús, entristecido.— ¿Por qué no confiesas una falta que sin duda te sería perdonada?



Pero en vano insistía el Maestro: á sus súplicas, como á las intimaciones más rudas de San Pedro, contestaba invariablemente el tuno:

—Yo no he robado nada... Yo no he sido...

Pusiéronse nuevamente los viajeros en marcha y no tardaron en llegar á las orillas de la Kupa, que era preciso cruzar, para proseguir el camino. Pero ¿cómo hacerlo?

No había allí ni puente ni vado, y Dané, que indicara un itinerario diferente, refase en sus adentros.

Pero Jesús, que no había manifestado extrañeza ni despecho, se acercó á la orilla, extendió la mano y al punto las aguas se separaron, abriendo paso. No se había repuesto todavía Dané de su profunda estupefacción, cuando vió á los dos caminantes que, desde la otra orilla, le llamaban para que se reuniese con ellos.

— Esos tíos son brujos... — murmuró el guía.— No conviene enemistarse con esa gente.

Y se dispuso á imitarles; mas, apenas se encontraba á la mitad de aquel milagroso paso, volvieron las furiosas aguas á juntarse.

—¡Socorro!... ¡Socorro!... — chilló espantado el pobrete.

—Si quieres que te salve,— dijo el Redentor,— confiesa la verdad: ¿has robado el hígado?...

—No, mi amo: no fuí yo,— repuso Dané, que á testarudo y embustero no le ganaba nadie. Y, á pesar de que el agua



PINTORES DE BROCHA GORDA
POR S. MARTINEZ CUBELLS

llegábale ya á la boca, continuó exclamando: — ¡Yo no, mi amo!... ¡Yo no!... ¡Por piedad, salvadme!

Cubrióle una oleada la cabeza é iba á desaparecer para siempre, cuando Jesús, movido á compasión, mandó á las aguas que arrojaran á la ribera, indemne, el cuerpo del pícaro.

Habiéndoseles echado la noche encima, fueron los viajeros á pedir hospitalidad en una hostería. No era esta muy espaciosa, y Dané hubo de acomodarse en el granero, en donde, para secar su cuerpo y sus vestidos, empapados todavía de agua, tuvo la mala idea de encender una fogata. Y bastaron algunas chispas, que se comunicaron á las vigas de la casa, para que á poco ardiera ésta. El guía, que acababa de dormirse, despertóse al sentir el intensísimo calor, y, asomándose á una ventana, se puso á pedir socorro á grito pelado.

—Vamos á ver... — le dijo Jesús desde el pie de la casa; — ¿me dirás ahora quién robó el hígado?...

—¡Yo no he sido, mi amo!... ¡Por Dios, salvadme!

Y, aun cuando el pelo se le chamuscaba ya, seguía protestando:

—¡Yo no he sidol... ¡Yo no he sidol...

Por segunda vez se compadeció Jesús del miserable: con un simple gesto de su diestra apagó las llamas, y San Pedro arrimó, aunque de muy mala gana, una escalera, para que Dané pudiese salir de aquel horno.

Al otro día, muy de mañanita, trasladáronse los tres á una aldea vecina en la que se celebraba una gran feria y á la cual acudían en tropel los campesinos de las cercanías, á pie unos, á caballo otros, en carro otros más. El Maestro y su apóstol paseábanse tranquilamente entre

aquellas buenas gentes, cuando de súbito óyese el grito de *¡al ladrón!*, y vieron al mismo tiempo á un buhonero que, levantando los brazos al aire, vociferaba, explicando que acababan de robarle unos pendientes y un broche de plata. Formóse un grupo en redor suyo, y uno de los circunstantes exclamó:

—Si te han robado, busca al ladrón. Nosotros somos hombres de bien y no nos da la gana de que nadie pueda sospechar de nuestra honradez. ¡Ea! ¡Registráenos!

Aplaudieron todos los presentes el pensamiento; y, como no hubo nadie que protestase, el buhonero hizo un registro escrupuloso de todos los bolsillos, incluso los de Jesús y de San Pedro, pero sin que apareciesen los pendientes ni el broche.

—Por última vez, — murmuró el Maestro al oído de Dané; — ¿has robado el hígado?

—No, Señor: yo no he sido.

—¡Ladrón y embustero! ¡Cúmplase tu destino!

Alejóse Jesús acompañado de su celestial portero, en tanto le llegaba á Dané su turno de ser registrado. Con gran sorpresa del mismo guía, las joyas robadas fueron descubiertas en un bolsillo de su chaqueta; y, por más que el cuitado protestaba de su inocencia, empezó á llover sobre sus espaldas una lluvia de estacazos con que los exasperados labriegos le obsequiaron, hasta que uno de éstos exclamó:

— Hay que castigar á este bribón: ahorquémosle.

Y, sin más preámbulos, fué conducido Dané al pie de un árbol, pasáronle una cuerda en torno del cuello, y un instante después, el cuerpo del desdichado se balanceaba en el aire.





En esto, San Pedro, que estaba apiadado de la suerte de aquel infeliz y veía el dulce rostro de Jesús velado por una nube de honda tristeza, dijo :

— Señor: ¿queréis conceder á ese mentecato un medio postrero de salvación?

— Sí, con tal que confiese su hurto.

— Lo confesará. Dejadme hacer.

Volvióse Jesús hacia el árbol en donde seguía perneando Dané, y bastó la divina mirada para que la cuerda se rompiese y rodara el ahorcado por el suelo. Poco tardó el pillastre en recobrar el sentido; y, temiendo que sus ejecutores volvieran á aquel sitio á repetir la operación, echó á correr como un gamo y se reunió con los dos viajeros.

Jesús parecía dormir al borde del camino, mientras que San Pedro, de rodillas sobre el césped, estaba como absorbido por una operación importante. De un recio bolsón de cuero había sacado un buen puñado de monedas de oro, que, distribuídas en cuatro montoncitos separados, despedían á la luz del sol brillantes reflejos.

— ¿Qué estáis haciendo, compadre? — preguntó con ávida curiosidad el guia.

— Pues... verás... hago el inventario de nuestros beneficios. Como que vamos á separarnos, quiero dar á cada uno la parte que le toca. Hay cuatro partes: una para el Maestro, otra para mí, otra para tí. .

— ¿Y la cuarta?

— ¡Ah!... La cuarta... No sé cómo hacer... Quisiera darla al que robó el hígado del carnero; pero como ignoro quién fué.

— Pero ¡si fuí yo!... — exclamó con viveza Dané.

— ¡Por fin confesaste! — dijo Jesús, que se había levantado y escuchaba. — ¡Ea! Te perdono... Anda, y no vuelvas á pecar.

Luego, volviéndose hacia San Pedro, murmuró melancólicamente el Salvador :

— ¡Infelices humanos!... ¡Siempre los mismos!... ¡Prestando oídos á la voz de la astucia y sordos á la voz de la bondad!

ENRIQUE NICOLLE

EL MANZANARES

Río de bellos recuerdos,
río de alegres sonatas,
río de hermosas verbenas,
río de graciosas danzas,
claro espejo de la Corte,
paraíso de las almas,
edén de dulces coloquios,
ilusión de las tapadas,
arboleda de las musas
de la lira castellana,
sitio de bellas intrigas,
de caballerescos dramas.

Río que durmiendo corres,
que deslizándote cantas,
que bellos nombres invocas,
que repites mil hazañas,
que viste tus reyes moros
sin corona y cimitarra,
las glorias de los Felipes,
mil lujosas cabalgatas,
que San Antonio te vela,
que un rico puente te abraza:
¿Qué resta de tu poesía,
que fué el encanto de España?

En tus márgenes no escribe
Ruiz de Alarcón sus dramas,
ni las redes del amor
prepara Villamediana;
ni en la noche misteriosa
el recatado monarca
al pie de tus alamedas
de dulces amores trata;
ni los aceros se cruzan,
ni las mozas se desmayan,
ni se escuchan juramentos,
ni los preludios del arpa.

En tu florida alameda,
como un nido entre las ramas,
no tiene Goya su estudio;
aquella preciosa casa,
que tanto misterio encierra,
que tanto secreto guarda,
gruta de bellas ondinas
de rica y crujiente falda,
que el rumboso don Francisco
en querubes trasformaba,
poniendo el sol en sus ojos
y en sus bellos cuerpos alas.

No recorre tus orillas,
cuando el claro sol desmaya,
Máiquez, solo con su pena,
Máiquez, solo con su fama,
y airado, fiero y celoso
por desdenes que le matan,
recita con todo el fuego
que ha puesto Dios en su alma
el *Otello*, maldiciendo
á bella y voluble dama,
que le arrojó de la cima
del cielo de su esperanza.

Ya don Ramón de la Cruz,
con su *capa que se escapa*,
forma corro con chisperos,
se codea con las majas,
habla el lenguaje del pueblo,
toma parte en su algazara,
reza en la devota ermita
con toda la fe del alma,
recorre tus alamedas
en la alegre sanjuanada,
y al arrullo de tus ondas
medita, escribe y descansa.

No se escucha junto al puente
la melodiosa guitarra
de Antón el de los cantares,
que con delirio ensalzaba
la bella Virgen del Puerto,
tus fiestas y alegres danzas,
las devotas romerías,
las amantes serenatas,
la niña de ojos azules
que en la Almudena lloraba
pidiendo con puro acento
dulce amor y no venganza.

Hoy no bajan á tu orilla
la Corte ni ilustres damas,
artistas, corregidores,
vates de renombre y fama,
y sólo en la primavera
el pueblo en tu vega canta,
bailando con alborozo
la jota, vito y tiranas,
al son de los organillos,
que los oídos desgarran.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



NOTA CICLISTA
POR R. CASAS



SUERTE DE VARAS
POR S. MATILLA

LA CATALANA
SOCIEDAD DE SEGUROS

CONTRA INCENDIOS
BARCELONA

CAPANTIAS
Pesetas 100,000,000

SEGUROS
Pesetas 700,000,000

EDIFICIOS PROPIEDAD DE LA COMPAÑIA EN BARCELONA

Ampliada para 1888
LA CATALANA
SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Rambles de Catalunya 30 y Cortes 2

JIMENEZ & LAMOTHE

DE VENTA EN TODAS PARTES

OLD BRANDY
COGNAC
PURO DE VINO

MALAGA
MANZANARES

OBRAS COMPLETAS
DE
PEREDA, D. José María
De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

1. Los hombres de pro, <i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i>	8. Bocetos al temple. Tipos trashumantes.
2. El buey suelto...	9. Sotileza.
3. Don Gonzalo González de la Gonzalera.	10. El sabor de la tierra.
4. De tal palo, tal astilla.	11. La puchera.
5. Escenas montañesas.	12. La Montálvez.
6. Tipos y paisajes.	13. Pedro Sánchez.
7. Esbozos y rasguños.	14. Nubes de estío.
	15. Peñas arriba.
	16. Al primer vuelo.

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

DISCURSOS
leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas

OBRA DE SENSACIÓN

LA ROGERIA

NOVELA DE
NARCÍS OLLER

Un hermoso tomo d'unas 200 páginas **3 PESSETAS** De venta en las principales librerías

AZULEJOS

CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el extranjero

Nuevo elemento para la decoración de chimeneas, frisos, artesanos, muebles & c.

1899

Pídase el Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles
59 Bailén. Barcelona